

la tensión permanente de la iglesia histórica

Sin mucha exageración se podría caracterizar la vida de la Iglesia en los últimos años bajo los signos de la tensión y la angustia. La tensión y la angustia siempre han existido en la Iglesia, pero en nuestros días se han convertido en fenómenos verdaderamente masivos. En la Iglesia oficial y en los sectores más conservadores parece que se ha desarrollado no poco la forma literaria del susto y del temor, que también podría llamarse la forma de "¡¿A dónde vamos a parar?!" Al decir esto, no quiero despreciar a grandes sectores de la Iglesia; sólo quiero subrayar el hecho de que la alegría no es la nota más característica de los actuales defensores de la tradición.

Algo semejante pasa con los izquierdistas que se han dado cuenta de que Papá Noel no existe y

que la Iglesia es una comunidad de hombres que frecuentemente manifiestan su humanidad en maneras muy crudas. El resultado de este escándalo es la tendencia de aislarse de la Iglesia imperfecta y pecadora y formar pequeñas comunidades, micro-iglesias en la terminología de J. González Ruiz (1), que viven su vida independiente de la Iglesia oficial. Digo que esta tendencia, la micro-iglesia, es, en la mayoría de los casos, precisamente una *tendencia* y no un hecho definitivamente logrado. No quiero insinuar tampoco que los movimientos comunitarios, los cuales considero el fenómeno más esperanzador de la "nueva" Iglesia, encierran de por sí esta tendencia hacia la micro-iglesia. Pero es un hecho fácilmente constatable en la nueva Iglesia la aparición de la diatriba monótona (jun-

to también con la crítica sana y profunda) contra la jerarquía, la "estructura" y el orden establecido. Y es esta diatriba la que denomino la *tendencia* hacia la micro-iglesia.

Ambos grupos o tendencias no han podido integrar la tensión fundamental que está en el corazón de la vida cristiana. Y al no integrar esta tensión en sus propias vidas, intentan escapar de ella, ya por la huída a la seguridad de un cristianismo atemporal (que viene a ser la seguridad de un cristianismo de otra época histórica), ya por la huída a una comunidad de los puros, lo cual significa, a fin de cuentas, que la comunidad de Cristo no puede ser compuesta por hombres tal como los encontramos en la historia, ya que en la historia una comunidad de los puros jamás se ha dado.

En las líneas que siguen, intentaré delinear, muy esquemáticamente desde luego, primero, lo que constituye la tensión permanente de la vida cristiana en la historia, y segundo, las dos fundamentales evasiones de esta tensión, la conservadora y la izquierdista. Espero con este breve esquema insinuar un posible camino hacia la asimilación de esta tensión, que nos capacitaría a verla como un hecho *normal* en la vida de la Iglesia. Y al comprender que la tensión es un hecho normal en la vida cristiana, quizás estaríamos fortalecidos contra aquella angustia, origen de las evasiones, que, al fin y al cabo, no son nada más que una exagerada y mal enfocada preocupación por la Iglesia. Es decir, quizás una comprensión de la tensión inherente en la vida cristiana nos capacitaría para vivir una vida cristiana de fe, esperanza y amor auténticos en el mundo y por el mundo, sin caer en el masoquismo

colectivo que es el fruto del susto y de la angustia.

Los fundamentos de la tensión permanente

La tensión inherente en la vida cristiana resulta del hecho de que la promesa de la salvación se ha otorgado a la humanidad limitada y pecadora, y esta salvación se proclama por hombres limitados y pecadores. Pero es más todavía: en la Encarnación la promesa de la salvación es no sólo una promesa hecha a la historia; la promesa misma *se hace* historia. La historia, por tanto, se transforma en el lugar del encuentro con la promesa y es el único lugar donde el hombre puede comprometerse con ella.

Pero no es una historia ideal la que constituye el lugar del encuentro con la promesa, sino la historia tal como es: en parte buena, en gran parte egoísta y pecaminosa, siempre limitada y siempre abierta a las desviaciones patológicas de los individuos y de la colectividad. La Iglesia que proclama su fe en el futuro de Cristo es también una comunidad histórica, y su fe y esperanza en el futuro son una fe y una esperanza históricas y, por tanto, abiertas a las limitaciones y las desviaciones patológicas que son el pan de cada día de la situación histórica del hombre. El Nuevo Testamento no nos promete que la fe, la esperanza y el amor de la Iglesia siempre han de ser puros y clarividentes; tal fe, esperanza y amor no sería posible para el hombre histórico limitado y pecador. Al contrario, lo que nos promete el Nuevo Testamento es, por decirlo así, una cosa mínima: nos da la seguridad de que los pecados y disparates de la Iglesia no cobrarán tanta fuer-

za como para extinguir toda fe y toda esperanza auténticas en la promesa de la salvación. Así, la Iglesia siempre será fiel a la promesa del futuro, pero su fidelidad siempre será una fidelidad histórica. El hombre histórico y la Iglesia histórica no pueden aspirar más que a una fe histórica. Y no tenemos que aspirar a más, porque la promesa misma de la salvación se ha hecho historia.

El cristiano ha de dar testimonio de su fe en el futuro del amor en medio de la limitación y del pecado de su situación presente. Esta dialéctica presente-futuro ha sido expresada por S. Juan bajo el simbolismo de las tinieblas y la luz: "La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas nunca han podido vencerla" (Jn 1, 5). La historia es una dialéctica entre las tinieblas y la luz. Aquí radica la casi intolerable tensión inherente en la vida cristiana: rodeado por las tinieblas, —las formas personales y colectivas de egoísmo—, y siendo él mismo tinieblas, el cristiano afirma que las tinieblas no son la última palabra sobre el hombre. El futuro del hombre está con la luz, con Cristo y su amor. A pesar de las apariencias, son las tinieblas las que son provisionales; no tienen vida, no prometen nada más que la muerte. "La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas nunca han podido vencerla" —y nunca podrán—.

Pero la fe en el futuro de la luz, siendo ella una fe histórica, es precaria y abierta a desviaciones y equívocos. Es curioso constatar que es muy propio del hombre histórico huir de su propia historicidad. ¿Cuáles son las formas de huída y evasión de la historia y sus tensiones que se han dado y se dan en la Iglesia? Esta es la pregunta que queremos afrontar ahora.

La evasión conservadora: el absolutismo institucional

La evasión conservadora consiste en aparentar que las tinieblas son en realidad luz, es decir, que todo lo que encontramos en la Iglesia institucional es perfecto y santo. Tal evasión admitiría, sin duda, la dialéctica luz-tinieblas en la historia humana, pero situaría las tinieblas fuera de la Iglesia institucional. El mundo, —todo lo que no es la Iglesia—, es el hijo de las tinieblas; la Iglesia es la hija de la luz. La institución se convierte en la sociedad perfecta, el baluarte de la luz contra las asechanzas del mundo. Y siendo perfecta y santa sin mancha, sus ritos, reglamentos y prácticas son intocables.

La evasión conservadora es la evasión que exalta las formas y prácticas de la institución. La institución sería sagrada, casi podríamos decir un objeto de fe (2). Y ya que la Iglesia es perfecta y santa, la virtud principal en la vida cristiana sería la obediencia a las normas y prácticas de la institución. En vez de insistirse con S. Pablo en que el cristiano está llamado a la libertad, se insiste en que está llamado a observar el orden.

¿Pero cuáles son las consecuencias de este absolutismo institucional? le parece que se podrían reducir a cuatro. En primer lugar, la Iglesia institucionalista es consciente de que posee la verdad en su plenitud. Para ella no hay nada nuevo bajo el sol. La Iglesia institucionalista niega que Dios se revele en toda la historia humana. Se cree que Dios sólo se reveló en un punto del tiempo, y al revelarse, constituyó la Iglesia institucional tal como la experimentamos hace veinte o treinta años. El papel de la institu-

ción es mantenerse estóicamente fiel a esa revelación ya pasada; la Iglesia es una isla de la verdad en el mar de las tinieblas.

El tiempo presente siempre representa una amenaza para la Iglesia institucionalista. El hombre del presente puede aceptar la verdad definida por la institución, y también puede rechazarla. ¡Maldita sea la modernidad con sus preguntas que siembran el confucionismo y ponen en tela de juicio las buenas costumbres! La Iglesia institucionalista no puede dialogar con el hombre moderno, porque no tiene por qué dialogar. Ya posee la verdad en su plenitud, y si el hombre moderno cree que tiene una pregunta o una palabra que decir a la Iglesia, *anathema sit*.

La Iglesia institucionalista cree también que está en posesión de la virtud. Ya que posee la verdad en su plenitud y se mantiene fiel a esa verdad en sus ritos y reglas, es, por definición, la encarnación de la virtud. Evidentemente, para la Iglesia institucionalista la virtud se concibe en estrecha relación con la obediencia a las normas y reglamentos de la institución. El hombre es virtuoso en cuanto obedece los decretos de la institución. Donde existe la fidelidad a la institución, allí está la virtud. Y viceversa, donde las normas y prácticas de la institución está sometidas a la crítica, allí se manifiesta la soberbia de Satanás y sus seguidores.

Un tercer aspecto de la evasión institucionalista es la creación de una autoridad de tendencia dictatorial y absolutista. La autoridad está encargada de mantener la fidelidad de los fieles a la institución, a sus leyes y prácticas. En la Iglesia institucionalista la autoridad opera como una especie de policía sagra-

da, decretando lo que está o no está permitido a los miembros de la institución y castigándolos cuando no cumplen el reglamento de la institución, el único camino a la santidad, la verdad y la virtud.

Tal concepto de la autoridad divide la Iglesia en dos grupos: los dirigentes, que garantizan la inmovilidad de la institución, y los dirigidos, que cooperan pasivamente en la tarea difícil del inmovilismo. Dicho concepto de autoridad forzosamente crea una clase privilegiada en la institución. Ya que la obediencia a las reglas y prácticas constituye el núcleo de la vida cristiana, lo interpretan lo que es y no es la obediencia y, a la vez, aseguran su fiel observancia, cobran una importancia capital en la marcha inmutable de la institución. La tendencia institucionalista de la Iglesia adopta una posición con respecto a la autoridad que puede compararse con el praesidium del partido comunista ruso; ambas autoridades obrarían en nombre del pueblo y por su bien, pero, al fin y al cabo, se prescinde de la libertad personal del pueblo o se interpreta de tal forma que se reduce a una obediencia a la autoridad legítima o ilegítimamente constituida.

Finalmente, los tres aspectos de la Iglesia institucionalista insinuados arriba se expresan en una resistencia acérrima al cambio. La institución no puede admitir la posibilidad del cambio, porque esto significaría que la institución podría ser mejor de lo que ya es. Su concepto de la verdad, la virtud y la autoridad no le permite entrar en la marcha dinámica de la historia. La Iglesia ha de permanecer inmóvil, perfecta y acabada; es decir, ha de situarse fuera de la historia en una región atemporal. Al afirmar que la Iglesia es pura luz, —pura verdad y virtud—, la

evasión conservadora ha negado la tensión luz-tinieblas que atraviesa toda la historia humana, incluso la historia de la Iglesia. Y al situar la Iglesia fuera de la historia, la evasión conservadora ha situado la Palabra de salvación fuera del alcance del hombre histórico, que ama y peca, que no es perfecto, pero que busca su perfección.

Lo que hemos dicho sobre la tendencia institucionalista en la Iglesia, lo encontramos en el Nuevo Testamento con el nombre de fariseísmo. Y como el fariseísmo descrito por los evangelistas no corresponde exactamente al hecho histórico del fariseísmo del tiempo de Jesús (que era mucho más positivo de lo que podemos sospechar por una lectura de los evangelistas), tampoco corresponde perfectamente nuestra descripción de la Iglesia institucionalista a la realidad de la Iglesia de nuestro tiempo o de cualquier otro tiempo. Los evangelistas intentaron caricaturizar una *tendencia* que existía en las instituciones religiosas de su tiempo. La descripción de la Iglesia institucionalista es igualmente una caricatura de una tendencia que ha existido y que existirá en la Iglesia histórica. Porque la tentación institucionalista es un veligro permanente para toda institución humana, sea religiosa o secular.

La evasión izquierdista: la comunidad ideal del futuro

Si la evasión conservadora parte del intento de aparentar que las tinieblas de la Iglesia son en realidad luz, la evasión izquierdista es, en cierto sentido, más realista. Acepta las tinieblas tal como son y afirma que la Iglesia institucio-

nal, por ser una mezcla de luz y tinieblas, no puede ser la verdadera Iglesia de Cristo. El izquierdista está de acuerdo con el conservador en no poder integrar las tinieblas en su visión de la Iglesia; pero, al no poder integrarlas, el izquierdista no intenta sacralizar la institución, sino que se ve obligado a separarse de ella.

La crítica izquierdista se basa sobre una crítica radical de la Iglesia institucional. La Iglesia es autoritaria, egoísta, lenta en captar los auténticos problemas de los hombres, afanosa de poder y de la riqueza, poco respetuosa de la libertad de los individuos, etc. Tal Iglesia no puede ser la verdadera Iglesia de Cristo. El izquierdista cree que la Iglesia es falsa porque la encuentra ridícula. Pero sus argumentos sólo prueban que es ridícula, no necesariamente carente de cierta autenticidad.

Para comprender la atracción de la evasión izquierdista, tenemos que aceptar la profunda verdad de sus críticas. Intentar "vencerla" con una apologética fácil y poco sincera no es digno de un cristiano, ni tampoco es digno de la seriedad de los argumentos que el izquierdista nos presenta. Es poco convincente, por ejemplo, montar una apologética para probar que el afán de poder en la Iglesia es, en realidad, una manifestación del servicio evangélico. Tal apologética sólo demuestra que el apologeta está poco seguro de su propia postura, —una inseguridad que se evidencia en una defensa barata y superficial, por no decir insincera—. El izquierdista tiene razón cuando ataca a la Iglesia por haberse sometido a las tinieblas, —a la soberbia y al egoísmo humanos en todas sus formas—. Pero lo que él prueba en su ataque, a mi modo de ver,

es que la Iglesia es una comunidad histórica compuesta por hombres históricos. Y no debe sorprendernos cuando la Iglesia histórica manifiesta su historicidad en maneras muy crudas. El hecho es que el hombre histórico es bastante crudo. La comunidad de salvación, siendo una comunidad de hombres, no escaparía de las manifestaciones de egoísmo y soberbia que forman parte de la condición humana. Cualquier comunidad encarnada en la historia, —sea religiosa o no—, no se liberará del todo de este egoísmo, porque la tensión tinieblas-luz es una realidad permanente en el hombre en su caminar histórico (3).

Ahora podemos entender mejor que la insatisfacción de los izquierdistas no es precisamente una insatisfacción con la Iglesia. Su queja se dirige, más bien, contra la situación humana que es ambigua, una mezcla de tinieblas y luz. Si el izquierdista se separa de la Iglesia porque la encuentra un lugar de tinieblas, ¿en qué comunidad o institución humana puede situarse? ¿Es la institución de la democracia occidental —una democracia que es compatible con los más feroces nacionalismos y que ha desembocado en guerras de “liberación” como Vietnam— más pura que la Iglesia? ¿En el socialismo histórico libre del pecado de los hombres, no hallamos en él una tendencia totalitaria que hace de la Inquisición un juego de niños? ¿Qué otra comunidad religiosa, cristiana o no, está liberada de las tinieblas? Sencillamente ninguna. El izquierdista sólo tiene una opción: la huída del presente, que por definición es ambigua, y la adhesión a una comunidad ideal de los puros que él prevé en un futuro próximo o lejano. Por eso, el izquierdista normalmente cree que

él y sus compañeros forman la vanguardia —los Juan Bautistas, por decirlo así— de esta comunidad futura. Pero siendo los izquierdistas hombres que viven en el presente y por tanto, hombres que participan de la tensión luz-tinieblas que es propia del hombre histórico, ellos mismos no son aptos para entrar en la comunidad ideal que predicán y proclaman. La salvación que ofrece la comunidad ideal no es una salvación que se pueda expresar y aplicar a la historia. Al predicar la comunidad ideal, el izquierdista histórico predica, en efecto, su propia condenación, porque niega que la salvación pueda hacerse historia.

Evidentemente, esta descripción de la evasión izquierdista no es aplicable sin más a ningún grupo o persona. La descripción es, desde luego, una caricatura de una *tendencia* que existe dentro del cristianismo hoy. La caricatura tiene fuerza y validez en cuanto ponga en claro la lógica de ciertas maneras de pensar y actuar dentro de la Iglesia, aunque el pensamiento y la acción de los izquierdistas reales no saquen todas las consecuencias de su propia postura.

La tensión y el humor

Al final de este artículo me pregunto por qué el peligro de las evasiones conservadora e izquierdista es tan real en la Iglesia de nuestro tiempo. La pregunta exige una respuesta amplia que sobrepasa mis fuerzas. Sin embargo, creo que hay una razón que explica, en parte al menos, nuestra situación actual: la alarmante falta de sentido del humor.

Los psicólogos dicen que una señal de la personalidad patológica es la

carencia de sentido del humor. Si es legítimo aplicar una intuición de la psicología de la persona a la comunidad de la Iglesia, tendríamos que decir que la Iglesia padece síntomas claramente patológicos. Hemos perdido el sentido del humor. Leo muchas de las declaraciones eclesiológicas, sobre todo algunas de las de Roma, y encuentro un tono de seriedad tan angustiado y morboso que me hacen sospechar que algo está mal. Porque el fruto de la seriedad morbosa es el sentido trágico, y el fruto del sentido trágico es el pesimismo. No creo que el Nuevo Testamento nos dé ningún motivo para ponernos trágicos y pesimistas. Al contrario, el Nuevo Testamento nos dice que la salvación se nos ha ofrecido en Cristo de una forma definitiva e inquebrantable. La visión cristiana es más optimista sobre el hombre, sobre sus posibilidades en el presente y su futuro, que cualquier humanismo. ¿Sería excesivo esperar que este optimismo se manifestara de vez en cuando en los documentos oficiales de la Iglesia?

También los izquierdistas son tan serios que me ponen nervioso. Un ejemplo de esta exagerada seriedad es el famoso teólogo inglés, Charles Davis., perito del Concilio y el más prestigioso teólogo del catolicismo inglés, que se separó de la Iglesia hace dos años. Seis meses después de su salida, publicó un libro que trata de explicar y defender las razones que le condujeron a romper con la Iglesia. Davis se muestra muy sincero, y siendo un teólogo serio, las razones que aduce para su nueva postura no son fáciles de contestar (pero tampoco incontestables; de hecho, el agustino canadiense, Gregory Baum,

las ha contestado muy bien). Prescindiendo del contenido de sus argumentos, Davis evidencia una falta de ironía y humor a través de su libro. No digo que un poco de ironía y humor necesariamente hubieran cambiado su decisión. Pero es cierto que la verdad de la Iglesia no se puede captar sin un poco de humor. El creer que la miseria humana, que experimentamos y somos, sea salvable, exige un gran optimismo que sólo es posible donde hay humor. Pero el humor es posible y obligatorio para el cristiano, porque Dios ha tomado nuestra carne y en la resurrección de Cristo le ha otorgado posibilidades inconcebibles.

El humor nos capacita a situar la Palabra de salvación donde Dios la ha situado: en la historia, en nuestra situación de luz y tinieblas. Con el humor, que es el fruto de la virtud del optimismo cristiano, —es decir, el fruto de la esperanza—, el cristiano será capaz de aceptar la ridiculez y la grandeza de la Iglesia, siendo ella el signo de la ridiculez y la grandeza de la humanidad entera. Participando plenamente de la miseria humana, la Iglesia proclama que esta miseria es amada por Dios. Una Iglesia compuesta exclusivamente de virtuosos no sería un signo apto de la salvación de una humanidad pecadora. Precisamente la Iglesia es una Iglesia pecadora, es decir, precisamente porque es humana, es por lo que es capaz de ser el signo de nuestra salvación. El humor nos ayudará a comprender la debilidad y la grandeza de la Iglesia; y una vez comprendidas, el humor provocará en nosotros una profunda acción de gracias a Dios por no habernos tomado demasiado en serio. Porque si Dios fuese tan morbosamente serio como los extremistas de la derecha y de la iz-

quierda, jamás habría pensado en la obra de la salvación. Un poco de humor y esperanza sobre la situación humana y sus posibilidades nos enseñará que Dios es sí un Dios de amor, pero es un Dios de amor porque es un Dios con un gran sentido del humor. El cris-

tiano puede aceptar la ambigüedad de la historia y luchar contra las tinieblas que encuentra en sí mismo y en la sociedad porque sabe que la historia no camina hacia un fin trágico, sino hacia el futuro del Dios de amor.

Notas

- (1) JOSE M. GONZALEZ RUIZ, *¿Micro-iglesias frente a las Macro-Iglesias?*, Mensaje Santiago de Chile 163, Octubre 1967.
- (2) HANS KÜNG en su estudio monumental sobre la Iglesia demuestra que la Iglesia no es objeto de fe, porque la Iglesia no es Dios. Creemos *en* Dios, pero no creemos *la* Iglesia. Creer en la Iglesia sería un acto de idolatría. Más bien, creemos *la* Iglesia; creemos en la Palabra y el Espíritu que viven en la Iglesia. La Iglesia no es un objeto de admiración y fe; la Iglesia es la portadora de la promesa de la salvación. Y siendo la portadora de la promesa, es esencial y radicalmente distinta de la promesa. Véase H. KÜNG, *La Iglesia*, Barcelona 1968, pp. 44-48.
- (3) Se puede considerar el dogma del pecado original como la Carta Magna del realismo cristiano. El dogma del pecado original, que no se puede separar del misterio de la Encarnación, nos enseña que la Palabra de salvación no se dirige a un hombre ideal, sino al hombre histórico limitado y pecador.

Bibliografía

Además del libro de H. KÜNG citado en las notas, me han sido útiles los siguientes autores:

CHARLES DAVIS, *A Question of Conscience*, Nueva York 1967.

GREGORY BAUM, *The Credibility of the Church Today: a Reply to Charles Davis*, Nueva York 1968.

JÜRGEN MOLTSMANN, *Theologie der Hoffnung*, Munich 1965 (tr. inglés, *Theology of Hope*, Nueva York 1967).

KARL RAHNER, *Theology of Hope*, una conferencia dada en la Universidad de San Luis (USA) y publicada en *Theology Digest*, Febrero 1968. El mismo artículo aparecerá en el volumen VIII de los *Escritos* de Rahner.